

UNA APROXIMACIÓN AL MUNDO POÉTICO DE ROSALÍA DE CASTRO: MUJER Y PAISAJE EN CANTARES GALLEGOS y FOLLAS NOVAS .

MARÍA DEL MAR FERNÁNDEZ VUELTA

(Universidad de Barcelona)

A Rosalía le tocó vivir en un mundo donde la mujer es doblemente protagonista: primero, por tratarse de un mundo rural y, segundo, por ser ese mundo el gallego. Durante mucho tiempo y quizá todavía hoy en cierta medida, Galicia ha sido, por causas como la emigración, una tierra sin hombres. Es, pues, la mujer la que llena el paisaje rural gallego y lo identifica.

Los escenarios que Rosalía recrea a lo largo de parte de su obra poética aparecen como motivos simbólicos de lo que constituye la vida de una mujer campesina: la cocina, el corral, la era, la fuente, el santuario, el campo de la romería... A través de estos parajes, la mujer recorre todos los estadios de su vida y se concreta ora en una "meniña", ora en una "nai", ora en una "velliña"... En definitiva, toda una tipología femenina.

Cantares Gallegos es la obra que mejor recoge este aspecto. La mujer se nos presenta en términos descriptivos y narrativos. No existe una profundización psicológica como la que aparecerá en *Follas Novas*. Quizá por ello, los numerosos críticos que han analizado la obra coinciden en hablar aquí del costumbrismo de Rosalía. Y, en efecto, *Cantares Gallegos* es un amplio abanico de costumbres. Cabe preguntarse, sin embargo, si no será también algo más. La costumbre es el signo de un tiempo determinado y lo que Rosalía nos ha legado en esta obra, tal vez sin saberlo ella misma, es la esencia ancestral de un pueblo que hunde sus raíces en un pasado cuyo rastro perdemos. Si algo llama la atención de *Cantares Gallegos*, ello es, sin duda, la gran similitud que existe, tanto en la forma como en el contenido, entre dicha obra y las "cantigas de amigo" galaico-portuguesas.

Son los mismos escenarios (la fuente, el río, el mar, la ermita...) y son las mismas mujeres (la muchacha, las amigas y hermanas, la madre...) que recrean parecidas situaciones (la muchacha enamorada, el diálogo entre madre e hija, el baile de las jóvenes, la espera, las devociones de los santos populares...) y todo ello bañado por un simbolismo de elementos misteriosamente idénticos a los de la tradición medieval (los cabellos largos y trenzados de las jóvenes vírgenes, el agua...). Incluso el estrofismo, elaborado

con recursos como la técnica paralelística, el "leixa-pren" o el encadenamiento, parece un eco de aquellos viejos poemas de deliciosa simplicidad.

Dice José Filgueira Valverde: "Como la doncella de las cantigas de amigo, Rosalía vive la naturaleza, dialoga con las cosas, animándolas, humanizándolas. Llena su soledad con los árboles, las fuentes, la lluvia, los montes mismos" ¹.

Este hecho es tanto más significativo por cuanto Rosalía empieza a escribir en pleno desconocimiento de aquella tradición medieval. Las coincidencias en este sentido revelan que el mundo rural gallego, en general, y el microcosmos femenino, en particular, se han mantenido sin grandes cambios durante siglos.

En el prólogo de *Cantares Gallegos* leemos las siguientes palabras: "Cantos, bágoas, queixas, sospiros, seráns, romerías, paisaxes, devesas, pinares, soidades, ribeiras, costumes, todo aquilo, en fin, que pola súa forma e colorido é dino de ser cantado, todo o que tuvo en eco, unha voz, un ruxido por leve que fose, con tal que chegase a conmoveme...".

Rosalía pretende cantar el alma de su pueblo y la busca en la profundidad de lo cotidiano. *Cantares Gallegos* no es un libro intimista. Más bien nos ofrece un gran despliegue de exteriorización. Sin embargo, fundida con esa extroversión, recibimos la imagen de un mundo de raíces hondas e identidad ancestral. Ese alma que Rosalía encuentra es también el alma que traslucen las "cantigas de amigo". En definitiva, un alma de mujer.

Y si femenina es el alma, femenina es también la voz que ha de cantarla. Rosalía misma es gallega y mujer y, sin embargo, en el poema que abre *Cantares Gallegos*, suerte de prólogo, Rosalía transfiere su voz poética a una muchacha sin nombre, una muchacha del pueblo. Será ella y no la autora directamente la que, a lo largo de las páginas que siguen, se expresará a sí misma y su mundo. De este modo, Rosalía cede su obra a la colectividad de la cual surgió, la convierte en acervo popular. De alguna manera, tenemos la sensación de trasladarnos a un "in illo tempore", en el cual la mujer habría sido la depositaria y transmisora de una cierta poesía oral, portadora de las señas de identidad de la comunidad. Las "cantigas de amigo" producen esa misma sensación y poco importa que se trate de algo ficticio, poco importa que tanto los *Cantares Gallegos* como aquellas "cantigas" sean obra de un autor individual que simula no ser tal. Este es un hecho que, en la dinámica de la propia poesía, carece totalmente de relevancia.

No podríamos asegurar si Rosalía busca conscientemente perfilar un espacio femenino autónomo y, hasta cierto punto, misterioso, en el marco del campo gallego, pero aunque no sea algo consciente y se trate sólo de intuiciones, lo cierto es que la poetisa llega a reflejar este espacio a la vez visible y secreto.

¹ FILGUEIRA VALVERDE, José, "Los temas conductores" (1963) en *En torno a Rosalía* (Selección de artículos), ed. de Xesús Alonso Montero, Madrid, Júcar, 1985, p. 151.

La mujer tiene, incluso, su propia forma de religiosidad: la devoción femenina es, casi totalmente, superstición y brujería. La "meiga" es uno de los tipos femeninos más característicos del mundo rural gallego y es, además, un personaje familiar, que se mete en las cocinas y habla con las demás mujeres en una relación directa (recuérdese, p.e., las que pululan entre las perolas, lanzando diabólicas risotadas, en el siniestro escenario de los *Pazos de Ulloa*, en la novela homónima de la condesa de Pardo Bazán). La "meiga" representa mejor que ninguna otra figura el contacto de la mujer con lo mágico que permanece oculto tras la realidad de cada día y sus poderes son, de hecho, la capacidad para identificarse con la naturaleza, leer en ella y escuchar sus mensajes. Esta sintonía con el universo natural parece algo propio de la mujer en tanto que custodiadora del misterio. Dentro del mundo poético de Rosalía, la "meiga" aparece como un elemento más de la naturaleza sobrecogedora que, a ciertas horas, se manifiesta:

*Unha noite, noite negra
como os pesares que eu teño,
noite filla das sombras
alas que estenden os medos;
hora en que cantan os galos,
hora en que xemén os ventos;
en que as meigas bailan, bailan,
xuntas co demo pirmeiro,
arrincado verdes robres,
portas e tellas fendendo,
todas de branco vestidas,
tendido-los brancos pelos
contra quen os cans oubean
agoirando triste enterro;
cando relumbrar se miran
antre os toxales espesos,
ollos de lobo famento;
e os ramallaxes dos montes
entre sí murmuran quedos,
e as follas secas que espallan
os aires da noite inquietos,
en remuíños se xuntan
con longo estremecemento,
indo camiño da igrexa,
soia cos meus pensamentos,
cabo da fonte da Virxe,
pretiño do cemiterio,
dempóis de sentir un sopro
que me deixou sin alento,
eu ben vin estar o moucho
enriba daquel penedo.*

(*Cantares Gallegos*, poema 16, I)

Pero incluso aquellas mujeres que no son "meigas" tienen sus fetiches y sus creencias estrafalarias. La devoción a los santos es una de las muestras más claras de la permanencia de cultos paganos vestidos con ropajes cristianos. Este peculiar sincretismo hace que, tal y como ocurría en las "cantigas de amigo", nos encontremos en los poemas de Rosalía con mujeres que van en romería al santuario local para pedirle al santo hijos y hombres, como si de antiguos disoses o diosas de la fecundidad se tratase. Y a la postre, este contacto con el paganismo es, de nuevo, un vínculo y una identificación con el mundo natural, puesto que tales dioses y diosas primitivos eran, generalmente, fuerzas de la naturaleza. Toda una extraña sexualidad femenina, definida por el deseo y la espera, parece desplegarse en estos cultos. Hablamos de un paisaje femenino en la obra de Rosalía, como también en las "cantigas de amigo", porque el hombre permanece ausente de la mayoría de los escenarios y, sin embargo, la figura masculina posee, en el fondo, una presencia mucho más sutil que la física, la se ser presentida por la mujer. Las muchachas rosalianas, como las de las "cantigas", aguardan al hombre que se fue y sueñan con el que aún no ha venido, preparándose para un encuentro que parece no llegar nunca, rogándole a San Antonio bendito o consumiéndose en una pasión silenciosa.

Así, a lo largo de *Cantares Gallegos*, la mujer aparece unida al amor y al desamor, al trabajo y a la calma, al orgullo y la vergüenza, a la fe y la superstición, a la plenitud y el vacío, a la risa y la soledad, a la osadía y al temor.'

Follas Novas nos ofrece una visión distinta del paisaje, que encaja perfectamente con la idea romántica de la naturaleza como reflejo del alma del poeta. Aquí, Rosalía se vuelve hacia su propia intimidad, iniciando la línea que culminará con *En las orillas del Sar*. Ya no cede su voz poética como en *Cantares Gallegos*. Si entonces había dejado que el alma gallega se expresase a sí misma, ahora intenta darnos la visión de esa realidad esencial a través de sus propios ojos, de su propio sentir como poeta. Es sólo un azar que, en este caso, el poeta sea también mujer, pero de cualquier forma, un azar oportuno. Rosalía se convierte, ella misma, en el símbolo máximo de aquel Ser femenino gallego.

Dice Dámaso Alonso: "Rosalía está inmersa en un ambiente del que no la podemos separar. La naturaleza es aquí algo inmediato, íntimo, la verdadera circunstancia de la autora, es decir, según la definición de Ortega, una parte de su personalidad" ¹.

De todos los paisajes que son el alma del poeta, probablemente, el más significativo sea el mar. El mar va ligado a la muerte, a la separación, al desgarrar, a la idea tentadora del suicidio. El mar, con esa ambigüedad que le es propia, ya seductor, ya enemigo, obsesiona a Rosalía como también obsesionaba (de nuevo, es forzoso subrayarlo) a la muchacha de las "cantigas de amigo".

¹ ALONSO, Dámaso, "Rosalía en la literatura española" (1958) en *En torno a Rosalía*, op. cit., p. 144.

Hay en Rosalía un dolorido sentir que, sin lugar a dudas, arranca de las circunstancias de su desafortunada vida. Hija de soltera y, además, sacrilega, desposeída de una familia y un hogar normales, casada con un hombre bien diferente de cualquier sueño romántico que hubiere podido albergar en su adolescencia, cargada de hijos, algunos de los cuales murieron precozmente, y siempre enferma, con un pie constantemente en la tumba. Rosalía aprendió, desde muy joven, a tener miedo de sí misma y de sus sentimientos, a desconfiar siempre del amor y la pasión, cuya desmesura era la causa tanto de la desgracia de sus padres como de la suya propia.

En sus poemas, a partir de *Follas Novas*, Rosalía asocia siempre la pasión al castigo. La idea de que el gozo se paga es obsesiva en ella como mujer y como poeta. Rosalía es un ser siempre en pugna con las pulsiones de su "yo" más íntimo, siempre esforzándose para reprimirlas. Dice Elvira Martín: "Al descorrerse el velo del misterio presentido, incomprendible para su alma virgen, tendría un primer atisbo del mundo de las pasiones que, al estar representado para ella en el ser que creyó modelo de pureza, espejo en que aprender virtudes (E. Martín se refiere a la madre de Rosalía), la deja indemne y aterrada frente a la fuerza pasional que presiente en su temperamento" ¹. Rosalía nunca saboreó el placer del abandono en la pasión. Casarse con Murguía, seguramente, fue para ella la solución de urgencia que la protegía contra sí misma.

De esta constante frustración, derivaría quizá la fascinación que sobre la autora ejerce el suicidio y, consecuentemente, el mar. El mar, como las pasiones, arrastra (para Rosalía, el mar es muchas veces "o namorado"). Tras una vida de continua renuncia y constante autorrepresión, debía de resultarle dulce la idea del abandono absoluto y por voluntad propia. El suicidio, sí, pero el suicidio en la inmensidad, en la plenitud. Tal vez, la muerte era el único impulso por el que una mujer como Rosalía podía dejarse arrastrar sin miedo.

En resumidas cuentas, el paisaje en Rosalía es la expresión tanto del mundo femenino como del alma femenina y abarca esos dos aspectos en su vertiente anecdótica y en su vertiente esencial. Rosalía cabalga entre la mujer que es individualmente y la que es fundida e integrada en el conjunto de todas las mujeres gallegas.

Quizá podríamos decir que la diferencia entre el paisaje de *Cantares Gallegos* y el de *Follas Novas* radica en que, en la primera de estas obras, la Naturaleza se viste de mujer, mientras que, en la segunda, la Naturaleza se desnuda y se revela como mujer.

¹ MARTÍN, Elvira, *Tres mujeres gallegas del siglo XIX*, Barcelona, Aedos, 1977 (2ª ed.), p. 100.